

Carta de Estados Unidos

El negocio de Rigoberta Menchú: la novela *Made in USA*

Wilfrido H. Corral

En diciembre del año pasado, el *New York Times*, basándose tanto en la investigación y el libro a punto de publicarse del antropólogo David Stoll, *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans* (1999) [*Rigoberta Menchú y la historia de los guatemaltecos pobres*], como en sus propios medios y fuentes, concluyó casi categóricamente que *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983) era una gran mentira. A fines de febrero de este año Menchú más o menos admitió que, en efecto, había mezclado su testimonio con el de otros. El «lector común» e informado sabrá que a ella se le otorgó el premio Nobel de la Paz (como a Kissinger), por su activismo a favor de grupos de indígenas desposeídos y abusados en Guatemala. Pero aparte de uno que otro académico latinoamericano o español en contacto con los Estados Unidos, pocos lectores sabrán, o les interesará, que en el medio universitario la guatemalteca se ha convertido en un negocio.

La industria incluye sus libros, charlas, declaraciones y entrevistas, más la difusión de todo lo que le concierne por medio de una fundación que lleva su nombre. A fines de noviembre de 1998 el Banco de Comercio de Guatemala acusó a los representantes legales de la Fundación Vicente Menchú del delito de apropiación y retención indebida de fondos. Sea cual fuere el resultado de esa investigación, los socios capitalistas (a pesar de sí) son profesores norteamericanos a quienes nada de lo anterior les afectará. Esto es parte de una larga historia verdadera de las prebendas que obtuvieron y siguen obteniendo (ahora tal vez por poco tiempo) con el usufructo de una indígena básicamente decente; y paradójicamente, ingenua pero nada tonta. Articular la experiencia, revivir el pasado con una intensidad duplicada por la escritura, levantar la censura, distanciarse de cierta retórica, es ayudar a los otros y a sí mismo.

El artículo del *New York Times* fue mencionado, citado y discutido inmediatamente en varios medios, y sobre todo en la red de Internet, donde Rigoberta tiene un sitio. Algunos de los profesores que la siguen invitando a universidades norteamericanas a dar conferencias o escuchar ponencias

en su honor (con más venias de las que nos corresponden a nosotros, pobres tercermundistas) estarán preparando sus defensas de Menchú, o no, o de sí mismos. Todo depende de qué se compruebe. Es natural: hay que hacer la vista gorda respecto al doble uso de la subalterna (y de volver a hablar por ella, cuando ella insiste en lo contrario, porque les conviene). El académico correctamente politizado en Estados Unidos tira la piedra y esconde la mano. Es así porque, como detalla Stoll, por encima de la ética está un estilo o pose, más que modo de vida; y, dirían los cuestionados, hasta la alimentación de esos pobres hijos de académicos, que sólo han visto indios hambrientos en la tele.

A mí el asunto me estaba dando una especie de *rigor mortis*, porque las «defensas» tienen más que ver con aliarse instantánea y ciegamente a una ideología que con defender a Menchú como persona. Aparte de chilenas que en verdad nunca han sido exiliadas, neoyorquinos que no han pisado Guatemala e historiadores que saben de América Latina sólo lo que leen en libros escritos por colegas similares a ellos, se añaden al frente defensor novelistas «guatemaltecos» que sólo escriben en inglés y los «especialistas» eternamente ingenuos de siempre. Así, para sólo nombrar a dos autores latinos reconocidos y respetados, Manuel Vázquez Montalbán y Eduardo Galeano inmediatamente publicaron su apoyo automático, mostrando claramente que no era necesario leer el libro de Stoll para criticar lo que creen estar detrás de un trabajo académico de diez años.¹

Galeano, precisamente, repite el mismo tipo de error de que se acusa a Menchú: no apegarse a los hechos. A decir verdad, y como comprueba el informe sobre los derechos humanos en Guatemala publicado a fines de febrero, Menchú no se equivocó en el contexto y horror que quiso recrear con la ayuda de Elizabeth Burgos Debray. A pesar de las continuas discrepancias entre autora y redactora respecto a qué hacer con las aserciones de Stoll, la última estima que los hechos narrados por Rigoberta sucedieron en miles de casos. Sin embargo, Menchú mintió en los detalles, que es lo que hace cualquier político que escribe sobre su gestión. Pero su «relato de vida» no exageró respecto a la ingerencia militar estadounidense en los abusos. A pesar de sí, Menchú es la figura política que dice no ser.

¹ Según él, debido al aura de santidad en torno a Menchú, tuvo que acudir a treinta editoriales antes de encontrar una dispuesta a revisar el manuscrito. Véase su entrevista con Dina Fernández García, «No busco hundir a Menchú», Prensa Libre, 18 de diciembre de 1998, 4. Stoll también ha negado las acusaciones de racismo emitidas por Menchú, o que él haya alentado al New York Times a investigar lo que afirma en su libro. Véase Juan Luis Font, «Stoll: Menchú ha jugado un papel importante», El Periódico, 18 de diciembre de 1998, 3. Para otros entretelones de la elaboración del primer libro de Menchú véase la entrevista de Luis Aceituno, «Arturo Taracena rompe el silencio», El Acordeón, Suplemento Cultural de El Periódico, 10 de enero de 1999, 1B-4B.

Menchú se equivocó en otra cosa, que su astucia debía haberle enseñado a evitar. Su testimonio, que se va convirtiendo en novela o telenovela sin ironía, siempre dependió de permitir que su voz fuera apropiada por otros, sobre todo por los «subalternos accidentales», académicos cuyas vacaciones pagadas les permiten visitar esos sitios indígenas demasiado reales (y salir rápidamente de ellos). En el momento en que escribo, una editorial universitaria estadounidense compila y pide las defensas que seguirán saliendo. El libro venderá mucho, y los académicos que menciono harán que sus alumnos compren el libro para los cursos que darán sobre Menchú, su obra (¡compre más libros!), y otros testimonios. La Universidad de Maine escogió *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* como el libro de la clase del 2000, lo cual quiere decir que todo alumno que se gradúe el próximo año tendrá que haberlo comprado. Triunfa otra vez el capitalismo, debido al giro de la academia estadounidense hacia un tipo de política verbal y simbólica, alejada del lado material de la vida real que quiso y quiere representar Rigoberta.

En marzo de 1999, el conservador Center for the Study of Popular Culture, pagó unos cinco mil dólares por anunciar en los periódicos de universidades como Columbia y Harvard. El anuncio llama a Menchú una «terrorista marxista» que ha sido revelada como fraude intelectual, un fraude que «fue cometido originalmente por tus profesores y sigue defendido por ellos». El ataque contra la izquierda académica de los Estados Unidos es tan pasajero como ver en el folklorismo de Menchú una plusvalía («hace falta ser un personaje de una pieza para ir vestida de india por los bares de copas de Madrid sin parecer patética», dice Rosa Montero en *El País*), o echarle toda la culpa al neoliberalismo. La realidad mayor es el poder de la academia para decidir qué es más o menos literatura memorialista y sus tecnocracias. Aunque los estudiosos de Rigoberta dicen oponerse teóricamente a los criterios de valor, en la práctica se contentan con situarla en una jerarquía cuyo elitismo nunca admitirán o estudiarán.

Pero no es sólo culpa de la confusión o contradicciones de profesores norteamericanos que van a Guatemala, La Paz o Quito durante sus vacaciones de verano. El libro mencionado arriba será compilado por latinos, y por órdenes estadounidenses. Su contenido es previsible y lapidario: habrá un vacilante «Lacan para guatemaltecos», ataques solapados, victimología, antiimperialismo panfletario y otros métodos pseudoteóricos que, es más que claro, Rigoberta no entenderá qué tienen que ver con su trabajo. El libro y sus colaboradores se afianzarán (esperemos que haya alguna excepción) en la mencionada política verbal estrictamente simbólica, y por ende